

¿Hacia el fin de las pateras?

TAHAR BEN JELLOUN
La Vanguardia 01/05/2001

Cuanto más se habla de los inmigrantes clandestinos, más llegan. Se diría que se trata de una publicidad dirigida a los fabricantes de pateras. Según las estadísticas, el número de inmigrantes clandestinos a lo largo del 2000 se ha cuadruplicado con relación a 1999. Se calcula que el número de personas que podría encuadrarse en la inmigración ilegal en el 2000 fue de 15.000, de las cuales 200 murieron ahogadas en las aguas del estrecho de Gibraltar. Tales cifras, unidas a imágenes de cuerpos deshechos, hinchados por el agua que les resultaría fatal y de los discursos que oscilan entre la impotencia y las amenazas, no cambian el fondo de la cuestión. Un ansia desenfrenada se encuentra en el origen de esta huida a lo desconocido. ¿Qué hacer?

La clase política, ya sea en Marruecos o en España, coincide en que esto no puede prolongarse, que hay que hacer algo para detener esta inmigración salvaje que perjudica la imagen del Magreb y de África. Pero, ¿cómo? ¿Qué hay que inventar para acabar con este fenómeno?

Europa ha entendido que es menester invertir en el Magreb para disuadir de todo intento de entrada ilegal en su territorio. Invertir en cooperación con las autoridades y también con la sociedad civil de los países del norte de África. Crear puestos de trabajo, privar de todo pretexto a los aspirantes a la peligrosa travesía del Estrecho, dar la posibilidad de asentarse en el propio país para vivir en él con dignidad.

Sé que el Gobierno español negocia acuerdos con Marruecos y que propone ayudas al empleo. Sé que esta situación preocupa al Gobierno marroquí. Sé también que hay jóvenes que, impacientes, frente a un horizonte sin esperanza, sin apreciar cambio alguno en su vida diaria, se lanzan a la aventura cruel, siendo conscientes de que con frecuencia acaba ya sea en la muerte, ya en el oprobio, en manos de la Guardia Civil que les rechaza y devuelve. La llegada a Tenerife, hace unos días, de un barco fantasma, el "Ashva", con 108 inmigrantes africanos, ilustra a la perfección una tragedia casi permanente que la represión no tiene el poder de disuadir.

Pero, más allá de la búsqueda de una nueva política, de una política más audaz, más generosa, hay que remontarse a los orígenes de este mercado de la vergüenza y de la muerte: los que pasan el Estrecho se multiplican y los estafadores han encontrado ahí un buen filón para enriquecerse. Se habla de mafia, pero, sin remontarse al crimen organizado, forzoso es reconocer que hay gente sin escrúpulos que explota la miseria de los desesperados, les arrebatan sus ahorros y les echan al mar cuando las cosas se ponen feas. Esta mafia tiene sus raíces tanto en las costas magrebíes como en las españolas. También se mueven en las del Adriático en Italia. De modo que lo más urgente, y quizá también lo más sencillo, sería dismantelar estas redes de la muerte, que suelen coincidir con las de la droga y la prostitución. Habrá que plantear una batalla inteligente y radical. Y, acto seguido, habrá que informar a la población sobre el fenómeno, hablarle en el lenguaje de la razón y de la dignidad.

A fin de que la cooperación hispano-marroquí sea positiva y eficaz, habrá que poner cuidado, asimismo, en no aislar el problema creyendo o haciendo creer que las restantes relaciones entre ambos países se desarrollan con normalidad. No es verdad. Entre España y Marruecos subsiste un cierto número de malentendidos y de prejuicios. La cuestión de la pesca, por ejemplo, ilustra la desigualdad flagrante en tales relaciones. Los marroquíes viven y soportan mal el racismo de ciertos elementos de la sociedad española, en especial en Andalucía. La caza de los inmigrantes ilegales en El Ejido es un baldón en la historia común de estos últimos años. España debe reconsiderar su actitud y replantear su posición. Es hora de pasar la página colonial, de aceptar considerar como a un socio a un país del sur y de tratarle como vecino al que se debe respeto. Y es menester, por supuesto, que la España democrática renuncie un día a ocupar dos ciudades marroquíes, Ceuta y Melilla, en la medida en que al propio tiempo está reclamando la restitución de Gibraltar. Hay que acabar con esta época de dominación colonial para mirar juntos el porvenir. Porque hay que señalar que si España decide abrir todos estos temas pendientes, estudiarlos con seriedad y mantener con Marruecos unas relaciones de buena vecindad consecuentes y positivas, si este país mira un poco más hacia el sur y le tiende una mano sincera de buena ley, precisamente entonces todo podrá cambiar, todo, incluso la inmigración salvaje.

Por otra parte, España, como los restantes países europeos, va a tener que hacer venir nuevos inmigrados para trabajar, para asegurar las jubilaciones de una sociedad que envejece y, también, para tener niños. He aquí la ocasión de poner en marcha una nueva política y de poner a punto una nueva economía.

Sea cual fuere el futuro de Europa, España tendrá siempre a Marruecos como vecino. Únicamente 14 kilómetros separan a los dos países. Marruecos no podrá marcharse para instalarse en otro lugar. Y España tampoco. De modo que están condenados a cooperar entre sí y a trabajar por el bienestar de sus poblaciones respectivas.

Traducción: José María Puig de la Bellacasa

TAHAR BEN JELLOUN, escritor. Premio Goncourt 1987